

Domingo Melfi

DERIVACIONES DEL PROBLEMA SEXUAL

LA TESIS DEL DR. MARAÑÓN



PARA nosotros, indo-españoles, habitantes de una tierra de imprevisiones y de inquietudes políticas, es complejo y difícil el problema de la educación sexual. No lo hemos resuelto y tardaremos aún en resolverlo. Nos ahogan algunos prejuicios y la tradición educacional es demasiado intrincada para que podamos romperla en un día. Biológicamente, estamos inermes. Sin siquiera sospecharlo, somos discípulos de Nietzsche, es decir, vivimos en peligro. . . Los instintos, desordenados por la indiferencia ambiente, se mueven como las serpientes en un nido sorprendido. La moral hipócrita que ha presidido siempre en este problema, rodea con un cerco de espinas la adolescencia. El salto hacia los valles luminosos implica a menudo el trágico desgarramiento de las carnes. El Dr. Marañón, en su último e interesante libro, *Los estados intersexuales en la especie humana*, habla

de una evolución en la escala sexual. Cree Marañón que se llegará a un tipo ideal, a un momento en el que el hombre, después de pasar por sucesivas etapas de imperfección sexual, alcanzará esa cumbre en la que alienta una monogamia perfecta. El hombre será atraído por una sola mujer; mejor, elegirá a una sola y no por simple castidad o falta de hombría, sino porque habrá logrado dominar, mediante una educación biológica sistemática, la irritación de los instintos. Porque los estados sexuales equívocos no son más que resabios de una educación incompleta, bárbara y primitiva.

No intentamos hacer el análisis total del libro del célebre analista de *Don Juan*. Es para nosotros simplemente el pretexto de que nos valemos para comentar algunos aspectos del problema sexual en Chile.

EL MATONISMO SEXUAL

En los países de América existe la forma unilateral del matonismo sexual. El hombre más *hombre* es el libertino. La precocidad genésica es un timbre de orgullo. Mientras más agresiva es la moral sexual de un hombre, mayor es la arrogancia de su personalidad. Suele creerse héroe, y el ambiente, por una serie de sugestiones equívocas, lo alienta en esta cándida creencia. La educación amorfa de las escuelas—sin distinción de doctrinas—creó una moral apta únicamente para los hombres. A la mujer la dejó atada al borde de un precipicio.

Le dijo: «No intentarás penetrar en el secreto de la naturaleza. Vive sólo la vida fragmentaria, espinal, de los párvulos. No investigues.» Y así, mientras el hombre adquiría la suma del conocimiento, por la práctica del comercio sexual, la mujer llegaba al mismo o aproximado conocimiento, bien asomando su ojo curioso en la cerradura de las puertas, bien por revela-

ciones imprudentes de amigas viciosas, o de la servidumbre, o bien cayendo de bruces sobre tragedias de las que ella era la única víctima. Mientras la mujer vivía sobre panoramas artificiales o románticos, el hombre chapoteaba sobre el fango. Cuando se producía la unión, legalizada por los ritos o por los códigos, sobrevenían las más espantosas catástrofes morales. Porque no había equivalencia—no digamos igualdad, que eso sería monstruoso—entre una educación y otra, entre una sabiduría y otra. La ignorancia total era el mejor galardón de una vida.

El hombre suele todavía salir del prostíbulo para ir a la iglesia o a la oficina del registro civil. En su carne marchita y entristecida vibra aún la sorda lujuria del lecho mercenario. Porque la víspera de la boda ha sido, en infinitos casos, una *terrible remolienda*. Mientras la novia se interna por los caminos puros e irreales del ensueño, en espera de las horas inminentes e inquietantes del alba próxima, el novio danza su última zarabanda sexual. ¿La última?... El matrimonio es una simple pausa en el desorden. La moral triste y amarga del lenocinio tira de los pies. Se regresa, fatalmente, cuando la educación sentimental se ha iniciado en esos dominios.

LUCHA PERMANENTE

No podemos desentendernos de una verdad fundamental: toda la vida humana descansa, como la rueda en el eje, sobre el terrible y complejo drama de la educación sexual. Podrá quitársele el cuerpo un tiempo, podrá aparentarse que no es cosa de tanta trascendencia. Pero de improviso asoma en la encrucijada y asalta al pasajero. O lo derrumba, si lo encuentra inerme, o lucha con él, a brazo partido. Eludirlo, hipócritamente, es un peligro. Se vengará desencadenando terribles tragedias. En general, los países hispano-americanos lo han eludido, lo han evitado, lo han dejado pasar.

De ahí la cojera moral que padecemos, la cerrazón que oprime los espíritus. No obstante, la sociabilidad gira enloquecida en torno del problema. Busca su vértigo para hundirse en él. Quiere olvidar la soledad moral y la angustia. El, entretanto, hace las víctimas y los héroes. Más aquellas que estos.

El hombre precozmente mujeriego es el matón en el amor. Pero su matonismo no es más que sabiduría incompleta, salto atrás en la escala biológica. Generalmente el matón, lo que se denomina el Don Juan de la calle, se recluta entre los ociosos. El que vive una vida de trabajo, de higiene, de estudio, contiene mejor sus impulsos frenéticos, siempre alerta en las zonas oscuras del individuo. Educado el hombre, desde la adolescencia, en la profundidad del problema y en lo que significa para su vida futura, logra sobre sí mismo un control más seguro y firme. Su naturaleza se conforma poco a poco y puede llegar a convertirse en un ser casi ideal para el amor. En cambio, el hombre sin frenos, sin concepto de la responsabilidad, acribillado por todos los gérmenes, tanto los que provienen de su educación sexual incompleta como los que se remueven en su insalubridad corporal y moral, sale a la vía pública a gritar su estridente paroxismo. La imaginación enfermiza lo arrastra como en el vértigo de una psicosis ambulatoria. Persigue a todas las mujeres que encuentra. Las asalta. Las deprime, las rebaja hasta el nivel de sus torpes y oscuros apetitos. Cuando este ejemplar de matón entra en el matrimonio, produce la legión de las adúlteras, de las vencidas, de las humilladas.

TRAGEDIA

Pero, en verdad, esa legión tampoco tuvo orientación. Fué entregada sin armas a la lucha trágica. Porque no basta en la mujer la aptitud para cocinar, para preparar los postres, para hacer sutiles encajes a palillo o

remendar la ropa, como no la prepara para la vida compleja la sabiduría incompleta del colegio. Hay más allá de esas realidades exteriores una realidad profunda y vertiginosa que acecha y espera su hora de asalto. La iglesia tampoco puede ampararla. ¿Y cómo? La iglesia orienta para los rumbos posteriores. Pide resignación. El sacerdote sabe cuánta tragedia va cada día a deshacerse en lágrimas en esa ribera mística del confesionario. A veces las víctimas ni siquiera van hasta allí. Afrontan la dura prueba. Se rebelan. Saltan la valla. Toda caída tiene un arco de comienzo. Describe una parábola. No nos referimos aquí a los organismos roídos por lacras hereditarias que inician, casi al borde de la infancia, a despecho de todos los frenos, el vicioso camino.

El cofre maravilloso de sensibilidad que es la mujer no puede resistir, sin desgarrarse, el contacto entorpecedor de la materia. Porque la educación para ella comienza justamente en el matrimonio. Comienza por una tragedia: su ignorancia. Continúa en otra tragedia: la del torpe materialismo que salpica de lodo su traje blanco por el cual treparon tantos ensueños románticos. Se añade una más: la evidencia del desengaño, de la estafa. Bruscamente, su sensibilidad comprende que el hombre la trató como a una prostituta. Es decir, el hombre que inició su educación sentimental en el prostíbulo, en el matonaje sexual de la calle, no sabe de delicadezas superiores. El prostíbulo, por lo general, infiltra una lección terrible: todas las mujeres son iguales. O bien, todas las mujeres son fáciles. Irrita además el instinto. Lo vuelve frenético. Borra todas las fronteras. Descubre al macho agresivo, voluntarioso, soberbio. Convierte a la mujer en una hembra falsa, capaz de todos los engaños. Para dominar al hombre orgulloso no posee más armas que la mentira. Y lo encadena por el sensualismo triste, sin amplitud, sin horizontes.

No hay, ciertamente, una tragedia parecida a la de

la mujer que descubre que ha sido tratada como una mujer fácil. El grito de su sensibilidad herida y desgarrada se prolonga casi una vida entera en el dominio impenetrable de su corazón. Suele resonar para ella sola. Suele resonar también para otros. Entonces sobrevienen los días secretos, cálidos y embriagados de la venganza.

LAS ZONAS DE SILENCIO

Bruscamente se abaten grandes zonas de silencio sobre la trepidación y el tumulto sexual de las sociedades. Instantes en que todos los corazones se detienen para escuchar el eco vertiginoso de sus latidos. Son los extraños minutos de silencio que suceden a los derrumbes. Se abren precipitadamente todos los balcones que dan hacia esa calle por la que rueda la vida agria, enloquecida y triste de los seres. La calle está sembrada de víctimas, de restos palpitantes, de fragmentos de vidas derrotadas y vencidas. Encima de sus restos sanguinolentos, la curiosidad de los seres se hace morbida o miserable. Se conduele o censura. Grita o solloza. Maldice o acusa. Maldiciones o recriminaciones estériles porque todo viene de atrás abultándose como los torrentes. Después se recojen los restos, se amontonan en el rincón más oscuro, se cierran los balcones, se echa la lápida sobre el corazón, se dicen dos o tres frases compasivas acerca de las víctimas, y la vida tumultuosa reanuda el ritmo momentáneamente perdido.

Pero la realidad es otra. Una evolución precipitada de las costumbres encuentra desarmadas a las mujeres, especialmente para afrontar los duros encuentros y las emboscadas del instinto. Cine, auto, jazz. Entre esos tres ángulos se mueve la pobre alma desvalida. El hombre acecha. Los frenos están vencidos o rotos.

El goce físico es la única aspiración. Se ha llegado a creer que no hay otra aspiración. La vida interior está aniquilada, vencida. Destrozada. La vida interior es el alto, la pausa, la reflexión. No sirve. No interesa. Esta generación tiene un miedo oscuro a la soledad. Huye de la soledad. Sale como desesperada a buscarse en los sitios públicos. Da la impresión de que huye de sí misma, en un ansia frenética de agotamiento y de olvido. Tampoco pesa ya ninguna autoridad. Ninguna tradición. Parece como si el organismo presintiera la inminencia de una espantosa catástrofe y quisiera en un solo trago sorber toda la médula de la vida. Y como no hay armas para la defensa del desorden biológico, ni educación para las realidades profundas de la vida, ni respeto por la mujer, de tiempo en tiempo bruscas zonas de silencio y de angustia se abaten sobre las víctimas de la tragedia sexual.

EDUCACIÓN ESTÉRIL

Hacia el lado que volvamos la cabeza, encontramos gente inerme, desorientada. Organismos sin brújula. Siervos del instinto. La calle. Los refugios elegantes de sociedad. Las grandes casas. Las pequeñas casas. En todas partes, el mismo dolor oscuro, rencoroso, oculto bajo apariencias de felicidad.

Para vengarse de la educación hermética, sin generosidad ni piedad por el porvenir, la mujer se ha plantado de un salto inquietante en medio de la calle. Ha llegado para ella la hora del ajuste de cuentas. Pero a qué precio... Porque al fin, en estos países de pura conformación político electoral no existió nunca el sentido de las realidades ni la visión del porvenir. Los hombres que manejaban sus actividades políticas o administrativas vivían la hora, el minuto presente. Giraban letras cuyo vencimiento fatal no les inquietaba porque les bastaba la satisfacción momentánea de sus

apetitos. El vencimiento de una letra es un drama, sin embargo, cuando sorprende al organismo sin reservas, sin energía interior, sin vigor moral. Estamos asistiendo, pues, al vencimiento de esas letras. La educación de la escuela nos entregó a la vida derrotados de antemano. La escuela ocultaba por método, por sistema, la verdad de las cosas profundas que se mueven en el reino de las realidades biológicas. En cambio, llenaba el cerebro y el corazón con imágenes prostituidas, con artificios románticos, con hipocresías pavorosas.

Cuando el imperativo biológico empezaba su intermitente aullido, en las zonas oscuras del organismo, el niño estaba prisionero de la soledad y de la ignorancia. Llamaba en vano. A su lado, detrás, delante, no encontraba sino rostros contraídos, frentes cerradas, bocas herméticas. Ni un solo resplandor, ni un sola luz para abrir las sombras espesas del camino de las adolescencia. A veces descubría temblando, en los cuartos en penumbra, en las calles sórdidas, en los tugurios infectos, trozos palpitantes de la tragedia de los sexos que dejaban en su espíritu una sensación de ansiedad, quemante, fugitiva como de una llamarada que se deshace... Por las noches el instinto mordía en sus carnes débiles y desvalidas. Evocaba entonces las imágenes sádicas aprendidas de labios de los compañeros más audaces, en los patios del colegio, entre una confesión trunca y una carcajada cínica, y las traía hasta el borde de su lecho solitario. Entretanto la escuela llenaba la cabeza de sombras vanas, de vapores espesos, de inútiles dogmatismos. La servidumbre, y no el padre, iniciaba en el camino de la verdad, con alusiones torpes y viciosas. A veces los compañeros que habían llevado una vida más libre. En ocasiones la intuición sin ternuras abría el camino de los hartazgos voraces. Empezaba allí la dura y áspera filosofía de la vida que debía convertir su existencia futura en una tragedia

continua y silenciosa. La vida de la mujer estaba toda rodeada de sombras. Con ella se extremaban las hipocresías hasta el instante en que era entregada a un hombre, muchas veces una simple bestia cubierta con ropas a la moda. Del valle en perpetua penumbra, a las revelaciones brutales, a las reticencias sordas y cínicas.

UN POCO DE LUZ

Importa, pues, trazar un rumbo en la vida de los niños. El panorama febril y anarquizado de la vida de hoy lo exige. No abandonarlos al frenesí de los instintos. Llevarlos hacia un realismo noble. Fortalecerlos. El descubrimiento de la encrucijada sexual supone en el adolescente un deslumbramiento capaz de empujarlo por el atajo, si no hay una voluntad que lo contenga. Ese instante decisivo de la vida necesita la orientación que sólo pueden dar la escuela y un hogar en el que se sepan plantear, con elevación, los oscuros problemas del sexo. La vida del ser humano no es sólo materia grosera. Hay una zona que es imperioso llenar con luz y con belleza. En esa zona caben infinitas posibilidades de vigor espiritual, de esperanza, de fe en un futuro mejor. El no hacerlo, por medio de una enseñanza que enaltezca y robustezca el espíritu, supremo dispensador de equilibrio, es arrojar al niño en esa sima en que ahora danzan enloquecidas, por la transformación violenta de las costumbres, las víctimas de la ceguera, de la hipocresía y de los prejuicios educacionales y morales de otro tiempo.